

Me parece que estas alusiones citadas son una muestra suficiente del deseo y de la preocupación del Concilio por la formación espiritual y apostólica de los laicos, como un modo absolutamente necesario para conseguir los objetivos que se propone la propia misión de la Iglesia. Tras veinte años de postconcilio, basta echar una mirada alrededor y contemplar la situación de la Iglesia y de las comunidades cristianas, para darse cuenta de que, a pesar de todo lo que se ha comenzado a realizar ya, es mucho más todavía todo lo que queda por hacer. No me parece exagerado afirmar que nos encontramos todavía en los comienzos de la aplicación del Concilio, en este punto capital para la efectividad de su doctrina y de su enseñanza. El viento del Espíritu, convocando a la Iglesia a una nueva profundización en el mensaje conciliar y a una adecuada aplicación de sus orientaciones y directivas, nos impulsa de nuevo a la esperanza y a intensificar nuestro esfuerzo para que las disposiciones del Concilio se hagan realidad. Depende de ello la plena realización de la misión de la Iglesia, depende de ello la cristianización del mundo, en la que los laicos deberán desempeñar su propia función, a la que han sido llamados por una vocación peculiar.

#### IV

Prof. ALEJANDRO LLANO

UNIVERSIDAD Y CULTURA  
EN LA PERSPECTIVA  
DEL CONCILIO VATICANO II

Veinte años después, el Concilio Vaticano II aparece ante nosotros como una poderosa expresión de la acción del Espíritu Santo, que —con su fuerza transformadora— vivifica todas las cosas. La renovación de la vida eclesial emprendida por el Concilio encuentra dilatados horizontes de proyección en los más variados ámbitos del mundo actual. Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo hallan un eco en el corazón de los cristianos, que en modo alguno se sienten ajenos a la construcción de la ciudad terrena; porque son en ella miembros de pleno derecho y porque han recibido la buena nueva de la Salvación para anunciarla a todas las gentes (cfr. *Gaudium et spes*, n. 1).

Este ambicioso propósito de renovar desde dentro las estructuras temporales necesariamente implicaba un activo compromiso en la comprensión y transformación de la cultura contemporánea. La cultura, en efecto, constituye el sistema de valoraciones y significaciones básicas por el que se rige la vida de las personas y de los pueblos; de suerte que, sin incidir en estos paradigmas de orientación, un programa histórico y apostólico de tal envergadura quedaría frustrado, reducido a una rapsodia de acciones parciales, inconexas y fugaces. Pero es que hay más. Es que —como ha indicado Juan Pablo II— una fe que no se haga cultura es una fe insuficientemente pensada, no cabalmente vivida.

El transcurso de dos décadas nos ofrece una perspectiva temporal mínima para apreciar el significado histórico de un proyecto de tan gran alcance que, por lo demás, trasciende —en su origen y en su destino— las apreciaciones solamente humanas. Contando con estas sustanciales limitaciones de nuestra hermenéutica, es posible indagar la articulación del impulso conciliar en el terreno de la cultura con esos *signos de los tiempos* que la asamblea ecuménica se propuso escrutar e interpretar a la luz del Evangelio (cfr. *Gaudium et spes*, n. 4).

Aunque la vacilante recepción del Vaticano II en algunos aspectos pueda hacernos pensar que su mensaje llegaba demasiado pronto, desde una perspectiva histórica más amplia cabría preguntar si no llegaba demasiado tarde, precisamente porque se encontraba con la cultura moderna en un grado de desarrollo tan avanzado y autónomo que resultaba problemático incidir en su curso.

La cultura moderna había pretendido forjar una comprensión del mundo y del hombre que —superando los elementos paganos que aún perduraban en las grandes síntesis medievales— se inspiraba de modo radical en una visión cristiana del puesto del hombre en el cosmos. Frente a un supuesto antropomorfismo que transfiere al mundo el modo de ser del hombre e incrusta a éste en la totalidad cósmica, la modernidad pugna desde sus inicios por destacar la posición única del hombre como dominador de todas las cosas, gestor autónomo de su propia suerte, y capaz de relacionarse con Dios en la inmediatez de su propia subjetividad. Pero una inquietante paradoja trabaja el interior de este proceso moderno de liberación. Porque, al privar al mundo de su teleología inmanente, el hombre pierde sus referencias orientadoras y tiende a tratar las cosas sólo como material de trabajo, para acabar por extender el proceso de desantropomorfización al propio hombre. Y acontece que éste termina por entenderse a sí mismo como una cosa más entre las cosas, y —por lo tanto— drásticamente cerrado a la trascendencia. Resulta, al cabo, que la crispada y unilateral inspiración humanista y cristiana de la modernidad condujo, paso por paso, justamente a su contrario.

Así las cosas, el creyente que estudia el plural y complejo curso —tanto teórico como práctico— de la modernidad, no puede dejar de experimentar la dolorosa impresión de un creciente eclipse de los cristianos —y especialmente de los católicos— en el empeño por construir esa cultura europea que parecía destinada a expresar las poderosas virtualidades históricas de un modo de vivir inspirado en el Evangelio. Por eso los intelectuales católicos recibieron el mensaje conciliar como perentoria llamada a una tarea que tenía mucho de esperanzada y no poco de inquietante. ¿Cómo encaminar hacia la luz de la fe toda una civilización que, al exaltar al hombre sin contar con Dios, acaba por deprimirle hasta extremos sorprendentes?

Los propios textos conciliares destacan lúcidamente esa situación cultural y social paradójica a la cual nos ha conducido una modernidad que, en esta fase terminal de su despliegue, manifiesta su penuria espiritual tan claramente como su poderío técnico:

«Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria, y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entre tanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psíquica. Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y su mutua dependencia en ineludible solidaridad, se ve, sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas. Persisten, en efecto, todavía, agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas, y ni siquiera falta el peligro de una guerra que amenaza con destruirlo todo. Se aumenta la comunicación de las ideas; sin embargo, aun las palabras definidoras de los conceptos más fundamentales revisten sentidos harto diversos en las distintas ideologías. Por último, se busca un orden temporal más perfecto, sin que avance paralelamente el mejoramiento de los espíritus.

Afectados por tan compleja situación, muchos de nuestros contemporáneos difícilmente llegan a conocer los valores permanentes y a compaginarlos con exactitud al mismo tiempo, con los nuevos descubrimientos. La inquietud los atormenta, y se preguntan, entre angustias y esperanzas, sobre la actual evolución del mundo. El curso de la historia presente es un desafío al hombre, que le obliga a responder» (*Gaudium et spes*, n. 4).

El Concilio convoca especialmente a los cristianos para que den una respuesta cumplida a esta situación, cuyos síntomas acusan la necesidad de un cambio profundo de paradigmas culturales. El que esta apelación tenga lugar justamente en el momento en el que se levanta acta del agotamiento de la modernidad en algunas de sus capitales dimensiones, puede ser considerado como la patentización de un *kairós* histórico desde una instancia suprahistórica. El mensaje conciliar no llega demasiado tarde a su cita con la historia de los hombres, sino que incide en un *tiempo oportuno* para que los cristianos no estén

—una vez más—ausentes a la hora de una decisiva inflexión del curso de los acontecimientos humanos.

Pero si atendemos ahora a la recepción del Vaticano II, a la que antes aludía, es casi inevitable señalar que la fuerza y el sentido histórico de la doctrina conciliar rara vez han sido advertidos por los católicos que trabajamos en tareas culturales y educativas. Detrás de tantas inquietudes superficiales de urgente modernización se oculta la miopía histórica de quienes se aceleran por coger un tren que está a punto de detenerse. No es al andén de *llegada* al que hay que acudir: es preciso descubrir las vías de *salida*. No se trata de hurgar en los detritos de la «tardomodernidad», por ver si aún se encuentra algún resto aprovechable, sino lanzarse a la invención de una nueva configuración cultural, para la que el inicio del segundo milenio es una cifra incitante.

El capítulo II de la Constitución *Gaudium et spes* ofrece luminosas orientaciones para el empeño de construir ese «nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por su responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia» (*Gaudium et spes*, n. 55). Se señalan allí las aportaciones más positivas de los tiempos nuevos, entre las que procede destacar precisamente el sentido más agudo y radical de la libertad responsable, junto con la racionalidad científica y sus aplicaciones tecnológicas.

La libertad solidaria y la racionalidad científica precisan, sin embargo, de una articulación más armoniosa y de una fundamentación más sólida, que sólo pueden venir del pensar que inquiere acerca de los principios trascendentales de la realidad. Tales son los tres ejes de un nuevo concepto de la innovación, que habrá de sustituir al ilusorio y exhaustivo modelo del progreso lineal e indefinido. Esta nueva constelación cultural, que asoma por el horizonte, propugna la gradualidad, el pluralismo y el sentido de lo complementario, frente a la implacable unilateralidad de la razón calculadora, que ha conducido a antinomias irresolubles, cuando no a la pura y simple abdicación de la condición del hombre como ser pensante.

Según sugiere la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, se trata de potenciar el pensamiento libre y riguroso, para conseguir que las crecientes relaciones culturales no echen por tierra el genio propio de los pueblos; para lograr que el dinamismo tecnológico no excluya la fidelidad viva de la herencia de las tradiciones; para evitar que la creciente especialización no conduzca a una sectorialización de los saberes, sino que se abra a una síntesis de orden superior, regida por la capacidades de contemplación y admiración, que llevan a la sabiduría; para no incurrir en esa especie de «racismo intelectual», en el que la personas o los pueblos, incapaces de estar a la vanguardia de un alucinante cambio tecnológico, quedan

marginados de la dinámica económica y social; y, finalmente, para reconocer como legítima la autonomía de la cultura, sin caer en un humanismo meramente terrestre, o incluso contrario a la misma religión (cfr. *Gaudium et spes*, n. 56).

Esta nueva armonía, que quizá podríamos llamar «postmoderna», no puede alcanzarse a fuerza de profundizar en las insuficiencias de la modernidad o de intentar conciliar someramente las contradicciones culturales a las que aboca. Ni el neoconservadurismo economicista, ni la modernización salvaje del estatalismo permisivo, ni los movimientos liberadores postmarxistas, ni el romanticismo ecológico, son capaces de aportar nada realmente nuevo que nos ayude a remontar esa difundida y difusa sensación de tedioso malestar y de paralizante conformismo a la que ha llevado una agitación sin auténtica vida, un movimiento sin fin y sin finalidad.

Más honda se encuentra la fuente de una verdadera renovación cultural. El suplemento de energía espiritual que hoy precisamos tiene un origen más alto: «De los misterios de la fe recibirán los cristianos múltiples estímulos y ayuda para cumplir intensamente su misión y, sobre todo, para descubrir el sentido pleno de las actividades que señalan a la cultura el puesto eminente que en la vocación integral del hombre le corresponde» (*Gaudium et spes*, n. 57). En el diálogo entre fe y cultura, la fe tiene una palabra decisiva que decir. El concilio ha incitado a los católicos para que acometan la inédita aventura de pensar a fondo —con radicalidad filosófica y teológica— las realidades de nuestro tiempo, con una fidelidad indiscutida y vital a la Palabra salvadora.

La ingente tarea está apenas iniciada. Es un empeño que trasciende el cerco individual, para situarse en el ámbito de una institución esencialmente innovadora: la Universidad. Tres años después de la clausura del Vaticano II —que hoy conmemoramos— estallaba en occidente la revolución universitaria del 68. No era realmente —como pensábamos entonces algunos de sus protagonistas— una sacudida a los convencionalismos impuestos por la modernidad anquilosada. Poco tardamos en comprobar que se trataba de su penúltimo estertor. De aquella convulsión —reconozcámoslo— no quedó casi nada: o, mejor, lo que resultó fue la casi completa liquidación de los grandes ideales académicos que aún pervivían. Hoy son muchos y bien conspicuos los testigos que certifican que aquella Universidad ha dejado de existir. Lo cual —al hilo de nuestro discurso— equivale a afirmar que la institución universitaria debe revitalizar sus raíces humanas y cristianas, para hacerse cargo del reto de elaborar una nueva síntesis cultural a la altura de nuestro tiempo. Lejos de haber perdido su razón de ser, la Universidad es hoy la institución adecuada para alcanzar esa dinámica armonía entre la fe y la ciencia, la tecnología y la meditación, el cui-

dado de la tradición y el avance del saber. Pero sólo recuperará su protagonismo si, en lugar de quedar a las resultas de los procesos sociales, se sitúa —como gustaba decir el Fundador de la Universidad de Navarra— «en el origen mismo de los cambios».

Recordemos que el Concilio ecuménico consideró muy atentamente la importancia decisiva de la educación en la vida del hombre y su influjo en el progreso social contemporáneo (Cfr. *Gravissimum educationis*, Proemio), y alentó la presencia del pensamiento cristiano en los centros de enseñanza superior (cfr. *Gravissimum educationis*, n. 10).

Releídos veinte años después, los textos del Concilio Vaticano II constituyen un impresionante testimonio de «la fe que busca comprender» y, por ello un proyecto que se abre al futuro con la novedad del Espíritu.

## V

Mons. JOSÉ MARÍA CIRARDA

### RECUERDOS DE UN PADRE CONCILIAR

Amigos muy queridos:

Cuando me invitaron a hablar en este acto conmemorativo del XX Aniversario de la Clausura del Concilio, tuve que decir que sí: era el único Padre conciliar que por Pamplona andaba; y cuando me pidieron que el título de mi charla fuera «Recuerdos de un Padre conciliar», debo de confesar que me planteé graves problemas.

Recuerdos de un padre conciliar: yo podría haber hecho una exposición sobre esta mesa de las medallas de plata que, etapa tras etapa, nos regalaba el Papa; del anillo que, al final de Concilio, nos dio a todos; si queréis, incluso de este pectoral que Pablo VI me regaló personalmente. Podría poner sobre esta mesa aquel bolígrafo magnético con el cual hacíamos las votaciones a fin de que los primeros ordenadores, o cosas parecidas que entonces había, pudieran despachar rápidamente el resultado de las distintas votaciones. Pero parece que no me pedían eso.